



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10822

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
joro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 2 DE ABRIL DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico. No en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Canmartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,  
obras públicas, agricultura  
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-  
tracción y desagües. Especialidad  
en cables y cuerdas de abacá, acero  
y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos,  
martillos, azadas, legones, palas,  
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-  
les y toda clase de maquina ria

## OFICIOS

### DE SEMANA SANTA

#### Domingo de Ramos.

En este día celebra la Iglesia la  
entrada triunfante del Salvador en  
Jerusalém.

Antes de la misa bendicéanse las  
palmas y enseguida se empieza la  
procesión.

La procesión que se hace antes  
de la misa es muy antigua en  
Oriente; creése que trae su origen  
de la Palestina, donde se extendió  
en breve a todos los demás paí-  
ses.

En aquellos remotos tiempos se  
llamaba Procesión de las Palmas.  
En el siglo V ó VI pasó a la Igle-  
sia latina, aunque ya antes de aque-  
lla época se hacía en la Iglesia de  
Roma.

#### Lunes, Martes y Miércoles Santos.

La Iglesia continúa en estos días  
recordándonos los varios acaci-  
mientos que precedieron a la pa-  
sion del Salvador; en la tarde del  
miércoles empieza el oficio de las  
Tinieblas, el cual se compone de  
los maitines y Lántes del día si-  
guiente que se cantan con antici-  
pación.

#### Jueves Santo.

Es el día destinado a celebrar la  
Institución de la augusta Eucaris-  
tía. La Iglesia nos muestra en este  
día, al Hijo de Dios buscando en  
tre los tesoros más preciosos de  
su amor una prenda nueva, incom-  
parable, de su afecto para con los  
hombres.

El oficio de la mañana respira  
la mayor alegría, al paso, que el  
de la tarde está impregnado de la  
mas sombría tristeza.

En este día se visitan los monu-  
mentos, que figuran el sepulcro en  
que descansa el divino Redentor.

Los oficios de este día terminan  
con el lavatorio de los pies.

Docil a la voz del divino Maes-  
tro, la Iglesia ha observado al pie  
de la letra este precepto de prac-  
ticar la humildad ejerciendo los  
mas humildes servicios.

#### Viernes Santo.

El oficio de este día es antiquí-  
simo, y se divide en tres partes:

La primera se compone de dos  
lecciones de la Escritura interpo-  
ladas con la pasión y con varios  
responsorios y versículos análogos  
al día.

Después de las profecías se can-  
ta la Pasión de Nuestro Señor Je-  
sucristo.

La segunda parte del oficio se  
compone de las oraciones solem-  
nes ó sacerdotales que solo el  
Viernes Santo se rezan pública-  
mente. Son diez en número y muy  
antiguas.

La tercera parte del oficio es la  
Adoración de la Cruz.

Por la tarde de este día se cele-  
bra en todas las Iglesias, el sermón  
de las Siete Palabras.

#### Sábado Santo.

Los oficios de este día son los más  
largos y se componen de seis par-  
tes: 1.<sup>a</sup> La bendición del fuego nue-  
vo; 2.<sup>a</sup> La bendición del Cirio pas-  
cual; 3.<sup>a</sup> Las lecciones; 4.<sup>a</sup> La ben-  
dición de las Pilas bautismales;  
5.<sup>a</sup> La Misa; 6.<sup>a</sup> Las Vísperas.

La misa es corta á causa de la

larga duración de los oficios, y ca-  
rece de Introito.

Cántase otra vez en ella el «Alle-  
luja» que no se había oído desde  
el principio de la Cuaresma; pero  
sigue después el Trato, canto de  
tristeza, porque no se ha cumplido  
todavía el gran misterio de la Re-  
surrección.

#### Pascua de Resurrección.

La misa de este día, desde el  
principio al fin rebosa alegría.  
Cántase en ella el himno antiguo,  
lleno de pasión, y que bajo la sen-  
cillez de la expresión oculta pensa-  
mientos ya sublimes, ya delicados  
como todos los que inspira al Cris-  
tianismo: «Victimae paschalis lau-  
des, etc...»

## Los prelados españoles

Entre las distintas pastorales que se  
vienen publicando en los «Boletines  
eclesiásticos», alguna de las cuales ha  
sido muy comentada y discutida por la  
prensa, debe figurar en primera fila la  
que acaba de dirigir á sus diocesanos el  
excelentísimo y reverendísimo señor  
arzobispo de Granada, D. José Moreno  
Mazón, pastoral escrita en elevado y  
patriótico estilo.

En ella, exhortando al pueblo espa-  
ñol á que como en aquellos siglos en  
que se realizaron las hazañas que colo-  
camos nuestro nombre por encima de to-  
das las naciones, se agrupe en torno de  
la bandera de la fe, que nunca deja de  
ser la de la Patria, y olvidando pasaje-  
ras diferencias y discordias á que solo  
pudo inducirnos el error, nos unamos  
todos para la defensa común.

«Ello es preciso, de todo punto indis-  
pensable—dice en uno de sus elocuen-  
tes párrafos el documento;—nos va en  
ello la vida de la honra, de la honra es-  
pañola, más clara que el sol; porque es  
la honra de nuestro ser moral y religio-  
so; nos va en ello el bien de la Patria,  
que pide, que exige, con el seno des-  
garrado por tan crueles heridas, que  
con enérgica virilidad, si es que se en-  
tibia la fe en orden á la vida futura,  
evitemos las desdichas presentes, y no  
seamos el escarnio de las naciones.

En estos momentos parece que está  
suspense el mundo civilizado, que nos  
contempla y espera.

¿Qué espera? Que España, como león  
que despierta de su calentura, recuerde  
las proezas de su antiguo valor.

Arriba, pues, arriba, corazones espa-  
ñoles, á restaurar la antigua moralidad,  
la moralidad clásica de nuestra Patria,  
y nuestros castizos sentimientos.»

«Aún conserva España—añade más  
tarde el señor arzobispo de Granada—  
las ocultas energías que en el tiempo de  
Napoleón, moderno Atila, echaron en  
los campos de Bailén, con victoria que  
asombró á Europa, los cimientos de las  
prisiones de Santa Elena.

No nos arredremos en los presentes  
infortunios. En España, como en el  
Monte Líbano, si alguna vez se ve so-  
terrado algún cedro, es decir, si experi-  
menta algún descalabro el genio es-  
pañol, que vive en sus hijos, como los  
numerosos cedros de esta montaña,  
mientras más los sacuden los huracanes  
tempestuosos, más hondamente se  
arraiga en su tierra y esparce con más  
intensidad sus perfumes delicados.

En los destinos providenciales de  
nuestra Patria se ve con frecuencia que  
la luz de las antorchas de su fe inque-  
brantable y de su tesón indócil no  
sólo triunfa para su ventura, sino que  
que ejerce un misterioso influjo para la  
historia de los pueblos.»

## GLORIAS NACIONALES

### Conquista de Mallorca.

2 de Abril de 1115.

Celebrado un tratado entre la repú-  
blica de Pisa y el conde de Barcelona  
Ramón Berenguer III, para marchar  
contra los moros de las Baleares, que  
con sus piraterías hacían gran daño al  
enemigo y á las poblaciones de uno y  
otro estado, el 24 de Junio de 1114 zar-  
pó del puerto de Soló una flota de 600  
naves, conduciendo muchas tropas de  
desembarco y cuantos útiles y pertre-  
chos eran necesarios para la empresa  
que pensaban realizar.

El 10 de Agosto fué tomada Ibiza, y  
una vez arrasadas sus fortificaciones  
pasaron los expedicionarios á Mallorca,

poniendo sitio el día de San Bartolomé  
á la población que hoy se llama Palma.  
Esta se hallaba muy bien fortificada y  
dividida en cuatro recintos. El primero  
se llamaba ciudad nueva, el segundo  
ciudad vieja, el tercero Almudayna y el  
cuarto Zuda ó Alcazar, que era el me-  
jor situado y el que tenía obras verda-  
deramente inexpugnables.

Las salidas de los moros fueron muy  
frecuentes, y puedo decirse comenza-  
ron desde el momento en que se aperci-  
bieron de la presencia de los españoles,  
dando ellas motivo á que hubiera gran  
matanza por una y otra parte, y á que  
los expedicionarios realizaran actos de  
tomarero arrojo.

Después de haber conseguido abrir  
brecha con los aríetes, y de tender dos  
puentes que apoyaban sus extremos en  
el muro y en castillos de madera cons-  
truidos para batir la plaza, dióse la ór-  
den para el asalto. Varios fueron los in-  
tentados durante los dos días; pero á pe-  
sar del valor y heroísmo derrochados  
por provenzales, paisanos y catalanes,  
cuantos esfuerzos realizaron para apo-  
derarse de la plaza, resultaron inútiles,  
por lo bien que manejaban los moros las  
excelentes máquinas de guerra que po-  
seían, lo cual motivó que se desistiera  
de continuar los asaltos, dedicándose  
entonces á quebrantar por otras parte  
las murallas, á fin de asaltarlas por dis-  
tintos puntos á un mismo tiempo.

El invierno y una peste que se desa-  
rrolló en el campo cristiano impuso la  
suspensión de hostilidades, y hasta el  
mes de Febrero del año siguiente, en  
que se supo que la situación de los ára-  
bes era bastante crítica, á causa del  
hambre y de las enfermedades propias  
de tan largo sitio, no se reanudaron.

El día 11 del mencionado mes los  
cristianos se apoderaron del primer re-  
cinto, el 22 del segundo, y pocos días  
después, tras de una horrible y tenaz  
pelea, de una torre del primer ángulo  
de la Almudayna, lo que les permitió,  
sin gran esfuerzo, hacerse poco más  
tarde dueños del recinto.

Quedaban aún la Zuda en poder de los  
árabes, y por ser este su último baluar-  
te lo defendieron con tanto coraje y de-  
sesperación, que bien se veía que antes  
que el querían entregar sus vidas.

Inútil resistencia la de aquellos héroes:  
lucharon como buenos y como tales  
murieron todos, hasta el extremo de

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 669

CARLOS II EL HECHIZADO

668

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 665

—El conde está preso, dijo el duque.

—¡Preso! vamos á salvarlo, prosiguió Leon mi-  
rando á sus amigos. Si se encuentra en poder de  
los franceses, ó lo libertamos, ó perecemos con él.  
Señor duque, en nombre de nuestra promesa espe-  
ramos de V. E. que nos diga el punto donde está  
preso para acudir á su socorro.

—¡Oh! no exijais de mí una confesión que me  
atormenta. Es un secreto y no puedo violarlo.

—Nosotros estamos en el caso de romperlo.

—¡Ah! no hagais tal. Debo ser franco con vos-  
otros. La amistad es mas imperiosa que el deber.  
El conde se halla preso en la inquisición.

Esta fúnebre palabra resonó en aquellos corazo-  
nes, como un eco sin esperanza.

—¡En la inquisición, decís! exclamaron. ¿Con que  
ha vuelto? ¿con que ha triunfado como nosotros y  
el premio de sus servicios ha sido sepultarlo en esa  
negra mansión? Señor duque, descorred ese miste-  
rio ante nuestra vista.

Medinaceli refirió sencillamente todo lo ocurrido  
entre el rey y el conde; pero esta narración estaba  
desfigurada por las exageradas noticias cundidas  
por Egüa y por los esbirros de la inquisición.

Después de un largo tiempo de profunda refle-  
xión, dijo el capitán Bravo

que sin necesidad de las gracias con que nos favo-  
rece, siempre estaremos dispuestos á ver en nuestra  
sangre por él. Es un juramento que hemos hecho.  
Ahora solo esperamos nos autorizéis para salir de  
la corte en el día de hoy.

—¿Cómo! ¿A donde vais?

—Cuando hace dos meses, prosiguió Leon, nos  
separamos en Barcelona, antes de partir y en el su-  
premo instante de nuestra despedida, hicimos un  
voto, hijo de la amistad.

—¿Cuál? preguntó el duque.

—El de vengarnos mutuamente en caso de que al-  
guno pereciese. El conde de Santisteban no ha pa-  
recido, señal fija de que está expuesto á grandes  
peligros; nosotros debemos correr á salvarlo como  
lo ha hecho el señor marqués de Monte-Azul al sa-  
ber nuestros riesgos.

El duque se puso terriblemente pálido.

—¡Dios mío! exclamó; ¿ignorais lo que pasa: en-  
tonces?

Una curiosidad aterradora se apoderó de los cua-  
tro jóvenes.

—Hablad, respondió Leon con melancólica ente-  
reza. Acaso está V. E. instruido y pueda sacarnos  
de la dura perplejidad, que nos domina. ¿Qué ha  
sido del conde de Santisteban?

ocasiones solemnes mas poder que la túnica real y  
la investidura del magnate.

El padre Relux después de haber proferido es-  
tas palabras amenazadas, miró á sus colegas. Es-  
tos oían con regocijo la tempestad que bramaba so-  
bre la cabeza de Medinaceli.

—Ahora solo espero que me ayudéis, prosiguió  
el padre sentándose con humildad.

—Somos enteramente vuestros, contestó Egüa.  
Y la conversación prosiguió en voz baja por mas  
de dos horas con el atractivo del misterio.

¿Qué debía esperarse de aquella nueva y repenti-  
na alianza, única esperanza de los unos, y escala  
de ambición ó punto de conciliencia del otro? El tiem-  
po lo dirá. Nosotros, historiadores y novelistas á la  
par, dejamos á los hechos la explicación de estos  
sucesos verídicos.